



¡ME JARTÉ DE ESCRIBIR!

EL ÚLTIMO ALIENTO

ALGO de razón había en lo del punto final que aparentemente puso papá en su obra en vísperas de irse a París, con los tres tomos en que Bedout recoge sus *Obras*. Por esa época —es decir, a mediados de los años setentas—, papá de 65, empezó a decir que estaba cansado de escribir. Pero tenía que seguir haciéndolo para “mantener el fogón encendido”. Mamá lo sostenía, lo empujaba, lo obligaba: “Tú tienes ese don, tienes que escribir”.

Entonces reúne los artículos que ha publicado en el periódico recogiendo sus experiencias y les da forma de libro en *Yo, el alcalde* que publica el Banco de la República en 1972. Con este libro, y *Tipacoque de ayer a hoy*, que editó Bedout en el 79, cierra el ciclo de Tipacoque. Luego saca alientos para escribir dos novelas más: *Azote de sapo* e *Historia de dos hermanos*.

Página anterior:

“... y finalmente yo, que hace rato dejé de ser caminante y ya no hago camino al andar sino al descender a mis profundidades, es decir al soñar y al recordar”.
(*Hablamientos y pensaduras*).

AZOTE DE SAPO

En *Azote de sapo*, que sacó a la luz Ediciones Rodas en España en 1975, papá retoma las preocupaciones que tenía en *El arte de vivir sin soñar*. Si en ese libro de juventud se valió de una fábula, en *Azote de sapo* incursionó en una especie de ciencia ficción, de novela futurista, para volver a establecer un paralelo entre dos mundos: aquí se trata de la cultura de los motilones, la cual, a su juicio, es una cultura-fósil, contrapuesta al mundo contemporáneo, al imperio de la máquina y la tecnología. En ambos libros toma partido por el mundo donde predomina lo intuitivo, lo mágico, lo espiritual, lo natural. La superpoblación, la destrucción del medio ambiente, la colectivización, le producen un verdadero terror, que libera en encendidos manifiestos en pro de la libertad y la individualidad.

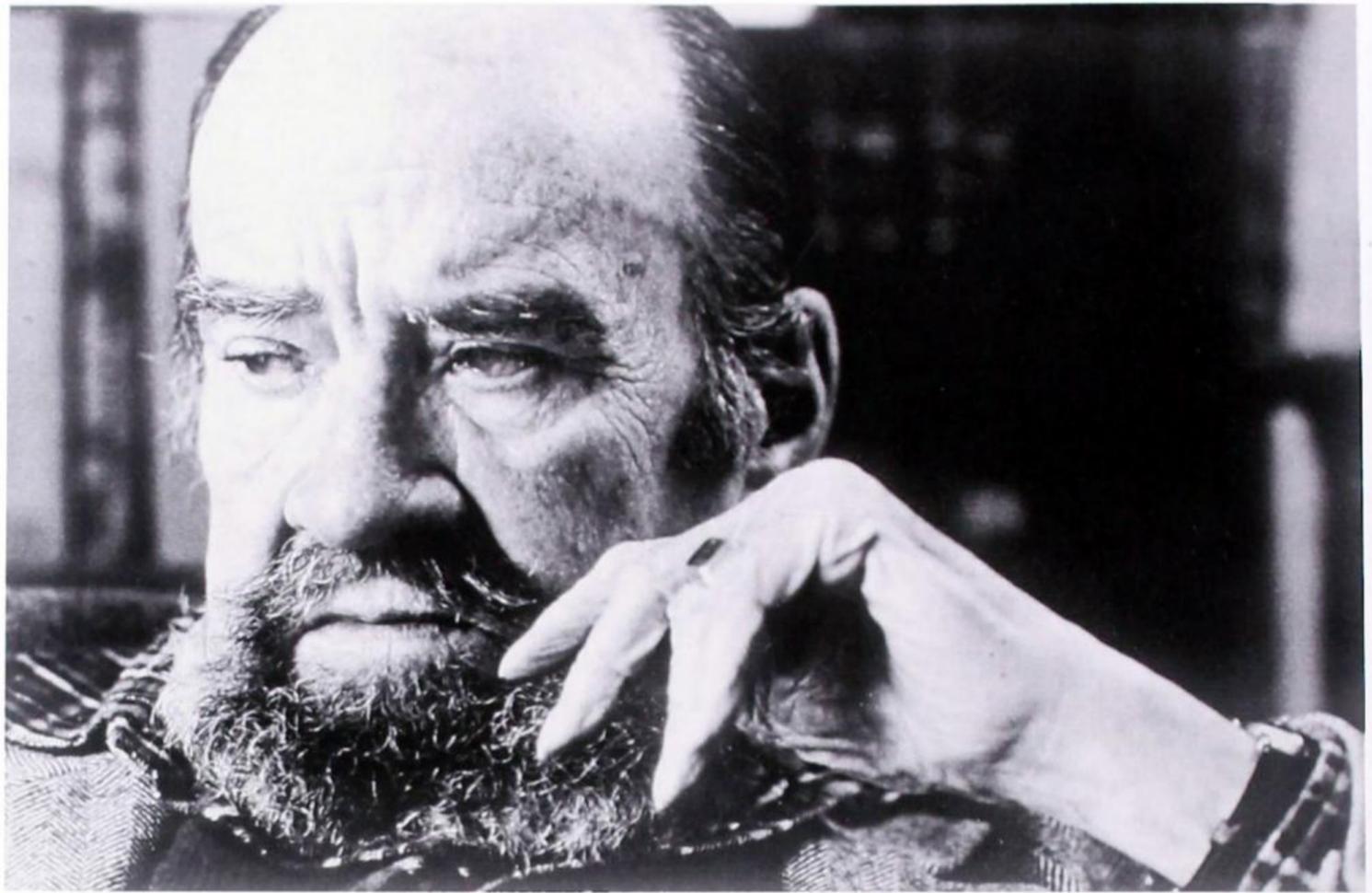
ECC parece que asumiera el rol de profeta apocalíptico al tratar de despertar el alma dormida o conforme a una realidad que necesita soluciones inmediatas para prevenir lo que él cree ser, el inevitable fin al que se dirige, a pasos agigantados, la humanidad.

[Rosario Patiño de Jones, en “Un estudio de la actual novela colombiana con énfasis en dos manuscritos de ECC”, 1975]

HISTORIA DE DOS HERMANOS

La Editorial Pomaire de Barcelona en el 76 publica *Historia de dos hermanos*. Es el mismo argumento de *Caín* pero en otro ambiente, en la cárcel, con Caín condenado por haber matado por celos a su hermano y haber violado a una menor. Ahonda sus reflexiones sobre el amor y el odio, la pureza y la lujuria, el poder del dinero y la desesperación de la miseria, el delito y su castigo, la responsabilidad y el libre albedrío.

Él mismo confiesa al empezar el libro, con una “Explicación necesaria”: “A mediados de 1974 cambié de casa, y al arreglar mi biblioteca y revisar cuadernos y cartapacios llenos de papeles, descubrí los borradores inconclusos de esta novela



"... llegará el día en que la exigua minoría de los sabios se rebele contra la abrumadora mayoría de los necios, y decida asumir la dirección de este mundo ciego y estúpido, manejado generalmente por megalómanos, demagogos, fanáticos, vanidosos y ... por generales". (*Hablamientos y pensaduras*).

que ahora se publica [...] En esta novela trato de profundizar el tema para librarme definitivamente de él, pues me obsesionaba desde hace muchos años".

Escribe en *El Tiempo* hasta 1977, cuando el periódico le pide a Klim que mengüe sus ataques contra el gobierno de López Michelsen. Su primo Enrique Caballero Escovar y él, que le hacían las mismas críticas, tal vez más moderadas, lo apoyan y se retiran con él.

*Sobra decirles que me duele retirarme de un periódico al cual consideré mi casa desde cuando comencé a colaborar con *El Tiempo* en 1938; pero prefiero no hacerlo más a tener en adelante que escribir de rodillas...*

[Carta a Roberto García Peña, Hernando Santos Castillo y Enrique Santos Castillo, 31 de marzo de 1977]

Entonces *El Espectador* invita a los tres Caballeros a escribir en su casa y le da un espacio a cada uno en la página editorial.

HABLAMIENTOS Y PENSADURÍAS

¿Por qué el escritor no habría de hacer lo mismo que el niño que dibuja monigotes durante la clase de matemáticas, o que el pintor que mancha telas en el taller, o que el músico que teclea en el piano por el mero placer de improvisar? ¿Por qué no habría yo de escribir sin objeto para no perder la costumbre de hacerlo o simplemente por matar el tiempo?

[De *Hablamientos y pensaduras*]

Este libro de memorias y recuerdos está escrito al ritmo pausado de sus 71 años. Está dividido arbitrariamente en doce "cuadernos", los cuales no corresponden



ECC en el edificio El Nogal, carrera 7.^a calle 76. “Si del verbo hablar sale habladurías, ¿por qué del verbo pensar no habría de salir pensadurías?...” (*Hablamientos y pensadurías*).

cada uno a un tema, o a una época, o a algo que les dé unidad; son ciclos internos suyos, con asteriscos separa lo que escribe entre un día y otro.

Es un libro que, como él mismo no se cansa de repetir, no tiene ningún rigor. Pero yo no he leído ningún diario ni libro de memorias de un escritor que conmueva tanto. “Claro, porque es de su papá, y como usted cree que es la única que tiene papá...”, me dicen. Pero no: es porque son sus debilidades más íntimas de hombre, sus angustias de escritor, y lo atrapa a uno por la sinceridad de sus palabras. Se puede abrir en cualquier página y en una habla de los libros de memorias, en otra de los diarios, en otra de los Evangelios, de Cristo, de santa Teresa, España, los judíos, los colombianos, el Estado, su viaje al Brasil, la selva, las cuatro veces que tuvo miedo en su vida, la muerte, cómo escribe sus libros, en fin, de todo lo que leyó, lo impresionó, vivió. Todo no, pues pensaba escribir otro volumen y con ese sistema de cuadernos hubiera podido seguir indefinidamente. Pero hasta ahí llegó.

Aunque escribe algo más después, yo considero éste su último libro. Al fin y al cabo, son sus memorias. Tuvo poca difusión en su momento pues salió sin sello editorial, porque mamá le dijo:

—Eduardo, ya que tenemos una plata, éditalo tú. No es posible que el escritor sólo reciba el diez por ciento sobre las ventas... (“Los editores hacen unos contratos leoninos...”).

Pues mamá y yo terminamos yendo de librería en librería con el baúl del carro repleto de libros. Nos recibían uno o dos y en consignación. Cada cierto tiempo había que volver a cobrar. No lo habían expuesto en la vitrina. Nadie había escrito sobre el



“Mamá sabía lo que estaba bien o mal. Y las cosas serias siempre se hicieron con mamá, nunca con papá”. (Luis Caballero en *Me tocó ser así*).

último libro de Caballero Calderón: como no tenía carátula plastificada, no era un *best seller*, no formaba parte de una colección, no tenía sello editorial que lo respaldara y tal vez Caballero Calderón había pasado de moda, el libro no figuraba en los “kárdex”, y la distribución es el cuello de botella de la industria editorial.

En el 81 Plaza y Janés publicó *El cuento que no se puede contar y otros cuentos* que no son nada del otro mundo. Hizo un último esfuerzo con *Bolívar, una historia que parece un cuento*, un librito para niños que en el 83 Norma le sacó a juro para el bicentenario de su nacimiento. Porque en 1980 mamá se murió y papá se derrumbó: “Se murió la mitad de mí mismo”. La buscaba, la llamaba por toda la casa, lleno de dolor: “¿Por qué te fuiste...?”.

Duré un año entero, más de un año sin atreverme a escribir cuando murió mi mujer. Mi soledad era espantosa [...] Muerta ella, dentro de mí se murió lo mejor de mí mismo [...] Ahora su silencio es mi soledad. Mi soledad es su ausencia [...] Pero volví a escribir [...] para escapar a la locura, a la melancolía, al terror pánico [...]

[El Espectador, Magazín Dominical, 30 de enero de 1983]

Mamá era su secretaria, en todo el sentido de la palabra, su consejera, su segundo bastón. Lo apoyaba en todo, lo sostuvo moralmente, le dio fuerzas, cuando trató de desfallecer lo obligó a escribir. Sin embargo, estoy segura de que papá se quedó con un último libro en el tintero, que no fue capaz de dictárselo a mamá por respeto o por pudor. “No hay un libro mío, ni artículo para el periódico, en que ella no haya intervenido directa, íntimamente, pues los escribimos los dos”. [*Hablamientos y pensaduras*].



ECC con María del Carmen. "... Jesús andaba con una niña en brazos... En brazos había tenido Jesusito a mi madre, cuando era niña, y antes había cargado a mi abuela en su silla de manos cuando venía de Bogotá a Tipacoque. Ahora carga a mi niña..." (*Diario de Tipacoque*).

Yo me acababa de separar de un marido que tenía y me estaba quedando en su casa mientras terminaban de pintar el sitio a donde me iba a trastear. En ésas se murió mamá.

—¡Cuidadito te casas con papá! —saltaron al tiempo mis hermanos.

Antonio, que es la fuerza moral de la familia, se vino de España. Fuimos unos días a Santillana, con María del Carmen. Luego, sin ella a Tipacoque. Luego llegó Luis, de París. Yo les ayudé a abrir su corazón el uno al otro. Dice Luis en su libro *Me tocó ser así*:

El verdadero padre era mi madre. Ella era la que se ocupaba de todo lo cotidiano: ella manejaba el carro, sabía de mecánica, seguía nuestra actividad en el colegio y hasta trató, cuando yo tenía unos siete años, de enseñarnos a jugar fútbol a mí y a mi hermano [...] Mi mamá sabía lo que estaba bien o mal. Y las cosas serias siempre se hicieron con mi mamá. Nunca con mi papá...

Nada calmaba a papá, y para todos era muy raro estar sin mamá y tener que encargarnos de él; sobre todo para él. Pasado el entierro de mamá, al cabo de quince días mis hermanos se volvieron a Europa a hacer lo que tenían que hacer. María del Carmen volvió con su marido y con sus hijos. Entonces se nos ocurrió que papá hiciera un viaje a Europa, a respirar otros aires. Y pues claro, me fui yo con él.

—¡Cuidadito te casas con papá!

En los hoteles dormíamos en la misma cama y él me asfixiaba con las mantas por la mañana, como a mamá, desesperado de leer el periódico solo, para comentarme en qué iba la guerra de Irán e Iraq. Yo había llegado a acostarme a la madrugada, después de una fiesta.

Recorrimos juntos París —el mismo que me había mostrado cuando yo tenía catorce años—, y al cabo de mirar las mismas iglesias, de sentarnos en los mismos



ECC y yo. "Luz de mis ojos, báculo de mi vejez..."

café y comer por las noches con Luis, fuimos a pasar unos días a Madrid, donde estaba Antonio.

—¡Cuidadito te casas con papá!

En Madrid se la pasó comiendo mariscos y sentado en el mismo banco de la plaza Santa Ana; hasta salió retratado en el periódico como uno de los viejos del barrio. Ahí Antonio y yo nos dimos cuenta de que papá estaba viejo. Además, tenía la pata coja morada de tanto subir y bajar escaleras en el metro en París. Fuimos a Toledo y a Ávila, a otros pueblos con iglesia o castillo, como le gustaban a él, hasta un día en que lo despachamos en un avión a Bogotá hacia su nueva suerte. Yo me fui sola para Londres, a pasar un invierno aterrador, con el único fin de no casarme con él.

María del Carmen lo recibió y se dedicó a enseñarle a vivir solo, cosa que nunca fue capaz de hacer. Yo volví. De nada sirvió mi estadía fuera, porque sin que yo me diera cuenta mamá me había adiestrado para ser su reemplazo. Empecé a animarlo a que escribiera, así como había visto que ella lo hacía. Al cabo de unos meses se venció, y volvió a escribir en el periódico. Conseguimos una mecanógrafa pero no, me dicta a mí, y yo escribo en la maquinilla de mamá con una mezcla de orgullo y abdicación (¡Cuidadito te casas con papá!). Acabé por ocupar su puesto un poco, primero tímidamente, y con la emoción del discípulo amado de ser la elegida; pero luego ese mismo sentimiento se fue convirtiendo en rabia y rebelión. Y entonces era yo la que le preguntaba a mamá: ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué me lo dejaste?

María del Carmen decía que ella y yo éramos como Marta y María con Cristo. Ella se hizo cargo de la casa, del mercado, de las cosas prácticas. Yo de las otras: de tomar el aperitivo con él y con los amigos que iban a visitarlo, llevarle un día un editor, otro un productor de cine, otro a "don Tuta" con su vestido naranja, a todos mis amigos —que me los fue robando y yo, se lo reclamaba. Se quejaba de estar solo, le decíamos que se había vuelto como "la pobre viejecita". Victoria y Evelia,



ECC con Victoria Martínez. “—¿Don Eduardo si se ha leído todos esos libros?... —¡Mucha jalta de ojicio!...”

las dos muchachas, también lo adoraban y él a ellas, pero entre las cuatro no lográbamos reemplazar a mamá.

Se fue apoderando de mi mundo, no sólo de mí; mi vida era él, yo no tenía respiro. Llegó hasta el punto de decirme: “Yo no quiero escribir más, escribe tú por mí”. Y yo me moría de la ira, aun cuando tal vez era su forma de alentarme a que escribiera yo. Quién sabe, porque era muy egoísta. Por último, en una tierna, sincera e indescriptible relación, acepté mi papel, pero le hacía el reclamo: —Ahora entiendo por qué desde chiquita me llamaste “luz de mis ojos, báculo de mi vejez...”.

“TODAVÍA ESTOY VIVO”

Los escritores vivimos y morimos con nuestros libros en esos viveros y también en esos cementerios que son las bibliotecas, pues no en balde hemos dejado en sus páginas, al escribirlas, lo mejor o lo peor, en todo caso lo más nuestro que hay en nosotros mismos. Gracias a La Oveja Negra con Katarain y al Instituto Colombiano de Cultura con Aura Lucía Mera, ahora sé que mis libros todavía no se han muerto, por lo cual, gracias a Dios, todavía estoy vivo.

[De El Espectador, 1983]

“—A su papá le ha hecho falta un editor” —me dijo Katarain el día en que lo conocí. “Leí a Caballero Calderón cuando tenía doce años. Esa frase: “¡Con que se quedó en fin de cuentas mano Siervo sin tierra!”, permanece fija en mis vivencias. Siempre fue uno de mis autores preferidos”.

José Vicente Katarain fue aquel editor de La Oveja Negra que sacó los libros a los andenes, unos libros que se desbarataban, hechos a la carrera. Pero puso al país



Con sus amigos. De izquierda a derecha, sentados: el poeta Jorge Rojas, ECC, Juan Martín Caicedo. De pie: Antonio Muñoz, Abelardo Forero, Nelly Shifken, Alberto Farias y Tito de Zubiría.

entero a leer. Pues La Oveja Negra, con la colaboración de Colcultura, en 1983 editó de un tirón sus mejores libros. En el parque de Santander, en una feria, cuando papá ya no salía de la casa, Katarain tuvo la osadía de encaramarlo en una tarima a firmar libros; y también logró que aceptara ir a un homenaje que se le hizo en el Teatro Colón. Entonces fue cuando ECC, conmovido, escribió su artículo "Todavía estoy vivo". Estaba vivo, pero había dejado de escribir.

Antonio me había advertido: "No puedes dejar que papá empiece a decir pendejadas". Sí, claro, muy fácil decir eso desde Madrid, pero ¿cómo iba a ser capaz de decírselo yo, si ni Norma se había atrevido a corregirle la fecha de la Revolución Francesa que puso equivocada en su *Bolívar* para niños? Pero él mismo se da cuenta y deja de escribir. Comprende que se está repitiendo, que el cansancio y el hastío que siente por la vida pública y política, a la edad en que está, lo sobrepasan. Los Canos, los directores de El Espectador, le insisten: "Te rogamos que regreses a tu columna, en la forma y en los días que desees. La misma situación del país exige la presencia de tu opinión, que tanta falta nos hace a nosotros y a todos los lectores del periódico".

¡ME JARTÉ DE ESCRIBIR!

Mis queridos amigos: Agradecidísimo con la carta que ustedes tuvieron a bien dirigirme el 29 de mayo del presente año, en la cual me solicitan que vuelva a ocupar mi columna en el periódico. No puedo hacerlo, por desgracia. Estoy harto de escribir y creo tener derecho al silencio y a que me lo respeten inclusive personas tan dignas de perturbarlo como ustedes...

[Carta a Juan Guillermo Cano, Fernando Cano y José Salgar,
El Espectador, 10 de junio de 1987]

¿Qué pasa después, hasta 1993, cuando con un esfuerzo infinito, un viernes santo, logra morirse? Se encierra más y más. Lee, oye radio, saca solitarios, nos espera a

María del Carmen y a mí; de mis hermanos vive orgulloso, y parafrasea a don Lucas: —Hay que tener hijos de los que se hable bien, e hijas de las que no se hable...

Las tertulias de los jueves son más lánguidas. Los amigos han desaparecido, o están viejos.

—¿Éste quién era?...

Queda uno, Antonio Muñoz, que llega todas las tardes con una historia, un chisme o una noticia nueva. Terminamos llamándolo: Scherezada.

Se dedica a releer sus libros.

—¿Yo escribí esto? ¡Está interesantísimo!

Luego se queda sólo con el *Quijote* y la *Biblia*; los lee una y otra vez.

Los ojos se le cansan de tanto leer. Oye radio, siempre la misma emisora pues es incapaz de moverle un botón al aparato. Oye a *Kalimán*. No soporta los anuncios comerciales y lo apaga. Mira por la ventana. Mira constantemente el reloj. Le sobra el tiempo. Espera. Espera que suene el teléfono, la hora de almorzar, la hora del noticiero, el aperitivo. Espera a que llegue alguna de nosotras. Me espera a mí, que he empezado a escribir este libro.

—¿Qué es lo que tanto escribes sobre mí?

Ya no lee nada, todo le aburre. Mira por la ventana. Es consciente de su vejez, de su desapego cada día mayor por este mundo, pero le tiene horror a la muerte. Sentado en su sillón saca solitarios sobre su tabla. Mira el reloj. Mira por la ventana. Espera.

Por las noches reza una oración a la que le ha ido dando forma poco a poco:

*Creo en el Espíritu Santo
que flotaba sobre el caos
en el principio del Génesis,
y que milenios más tarde
descendió en lenguas de fuego
sobre el colegio apostólico.*

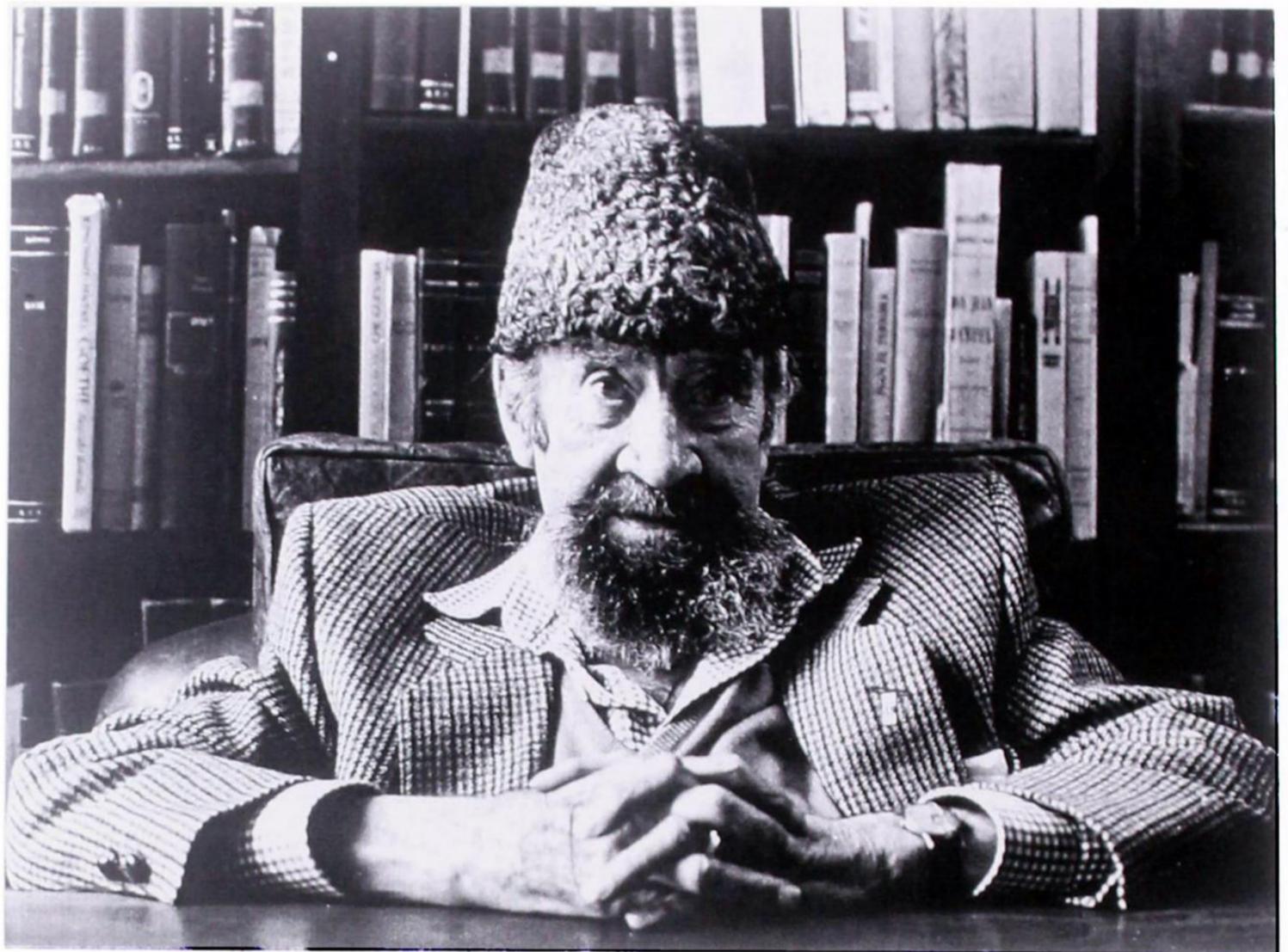
*Yo no soy digno de invocarlo
pero estoy dispuesto a recibirlo
cuando quiera descender sobre mí
para limpiar mi espíritu
de las angustias y las preocupaciones
que lo asedian.*

Cuando se muere, un viernes santo, nos pareció lo más natural llevar sus cenizas a la capilla de Tipacoque.

—Nos quedamos huérfanos... Se nos fue la columna mayor..., decían.

Lo recibieron en una calle de honor de un kilómetro de larga, y cargaron un ataúd simbólico, —porque no aceptaron que él pudiera ser esas cenizas que llevamos en un cofrecito forrado en terciopelo rojo y que al Cúchico, el hijo del maestro Carmelito, le encantó. Mientras cavaba el hueco detrás del altar, al lado del tío Antonio María, lo asaltó una duda:

—Chispita: Enterremos las meras cenizas, ¿qué tal que a alguien le dé por creer que ahí hay un tesoro y se lo roben...?



"... la vida es un sueño triste. Soñar es padecer con la imaginación... y vivir es padecer sin soñar". (*El arte de vivir sin soñar*).

No aspiro a más en la vida sino a morir en Tipacoque, entre los míos, tirado en la hamaca del corredor, frente a la puerta de la capilla que hizo abrir en el costado del poniente mi tío Antonio María con el fin de ver la misa sin necesidad de moverse. Desde allí podré mirar por última vez cómo el sol dora el revoque de la capilla, y en la espadaña un gallinazo sacude un momento las alas y luego se echa a volar sobre el abismo.

[De *Diario de Tipacoque*, "Vivir quiero conmigo"]